

DE BUENAS LETRAS

Equilibrio

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Qué menos puede pedirse que equilibrio, cuando distintos grupos, distintas procedencias, distintas estéticas conforman, y así debe ser, un elenco heterogéneo en su interior, pero homogéneo en su presentación y discurso hacia afuera, como componen, y creo que deben componer, las Academias de Buenas Letras y cualesquiera otras Academias donde confluyan creadores y eruditos, artistas y expertos, como en algunas denominan a los que saben de lo que los otros hacen y realizan su misión de transmitir, enseñar y despertar el interés por la literatura, en nuestro caso, y, en gran medida, suelen presentarse, a la vez, como investigadores.

Los creadores tienen su mundo, o mejor dicho, y precisando, cada cual vive en el suyo, que es precisamente en el que habita su imaginación, se desenvuelven sus ideas, pergeñan sus mensajes, componen sus obras, redondean sus objetivos, y paren, a veces después de larga gestación, y en casos con dolor, lo que será una realidad apreciable a la altura de la vista, de aquel

que quiera acercarse a su aportación para las letras.

Los eruditos observan, enjuician, valoran, tasan y clasifican aquello que salió del alma del creador y que se les presenta con la textura armónica acrisolada y la posibilidad de su conocimiento, con la simple atención a su obra, que en muchas ocasiones es solo la exposición gratuita a la intemperie, sin que el objetivo de su puesta en escena responda a la presentación a un posible e incómodo examen público que, por lo general, ni está bien organizado ni fue solicitado por nadie.

Y estos artistas y expertos existen, ocupan cada cual su lugar claro y definido, valorado, tendiendo a respetarse en el mejor de los casos, o a enfrentarse, desgraciadamente, en algún otro, aprestándose los eruditos con profesionalidad a analizar, interpretar y comprender a los creadores que, al margen de estudios y conocimientos, y a veces con la sola intuición, son los que con su presencia en los campos de la literatura hacen su aportación personal, creativa, dando

lugar a la posibilidad de que existan los segundos, como muy bien afirma el profesor Chicharro a los alumnos en su cátedra de Teoría de la Literatura. Si no hubiese creadores no existirían estudiosos de sus obras.

Hay, también, y es muy loable, aunque no proliferen, creadores que devienen en eruditos, compaginando ambas actividades, aunque son los menos y, salvo excepciones, acaban abandonando el amago de creación, para centrarse en el recurso, siempre gratificado, de hablar de las obras creadas por el artista, valorando la realidad concreta que expone aquel que se encuentra en estado de gracia creadora y cumple su misión; a quien por lo general se le analiza pasados los años; en casos, casi siglos después de su olvido.

Y las Academias viven y conllevan las situaciones a que conduce la conjugación de estos dos grupos, no antagónicos, aunque interdependientes, que deben seguir armonizando sus realizaciones y sus intereses, procurando un acertado equilibrio, al menos numérico –qué menos–, para que la andadura sea fructífera y enriquecedora, sin que predomine ningún grupo sobre el otro, conscientes ambos de que los creadores nacen y los eruditos se hacen, y de que estos últimos están y estarán siempre en función de los otros, y de que la aportación de un madrigal a unos ojos, un soneto a un amor eterno, la descripción de Aldonza o el lamento de Segismundo, serán siempre más elocuentes y decisivos que la información y erudición sobre los mismos.